

## Empirismo ilustrado<sup>1</sup>

JAVIER RODRÍGUEZ ALCÁZAR  
(Granada)

Roger F. Gibson, Jr. *Enlightened Empiricism: An Examination of W. V. Quine's Theory of Knowledge*. Tampa: University Presses of Florida, 1988.

La obra epistemológica de W. V. Quine no es, en verdad, especialmente esotérica, y su estilo se cuenta entre los más transparentes de la tradición filosófica en lengua inglesa. Sin embargo, la novedad y audacia de muchas de las aportaciones de este autor, unidas al modo fragmentario y aparentemente asistemático con que algunas de ellas han ido viendo la luz, producen no pocas malinterpretaciones de su pensamiento. Corregir tales desviaciones, mediante la reconstrucción fiel de las doctrinas epistemológicas quineanas y de las conexiones existentes entre ellas, parece ser el lema que guía los diversos escritos dedicados por el profesor Gibson a la teoría quineana del conocimiento. La aportación de Gibson dificulta que el crítico de Quine pueda construirse un enemigo a su gusto y hace ver la consistencia y sutileza de un sistema de pensamiento que no puede dejarse fácilmente de lado recurriendo a unos cuantos lugares comunes del repertorio antiempirista.

Que las ideas epistemológicas quineanas conformen un sistema no ha resultado siempre, por cierto, algo obvio. Tal punto de vista, que se ha ido extendiendo a lo largo de los últimos años, encuentra en Gibson, precisamente, uno de sus más convincentes defensores. A mostrar la sistematicidad de la teoría del conocimiento de Quine, mediante una reconstrucción exhaustiva de ésta, dedicó Gibson su primer libro sobre esta temática (*The Philosophy of W. V. Quine: An Expository Essay*. Tampa: University Presses of Florida, 1982). En aquella obra se adoptaba el componente *naturalista* como axioma en torno al cual se articulan las diversas tesis que pretenden dar respuesta a la pregunta fundamental de la epistemología de Quine: «¿Cómo adquirimos nuestra teoría del mundo y por qué funciona ésta tan satisfactoriamente?». Esta apuesta de Gibson por el naturalismo da lugar a una descripción de la teoría quineana del conocimiento que ha sido la única en recibir hasta la fecha, como observa malévolamente Paul A. Roth, «el imprimatur oficial de Quine» (cfr. Roth, *Meaning and Method in the Social Sciences*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1987, p. 10, n. 1).

La reconstrucción sistemática contenida en ese primer libro constituye, precisamente, el punto de partida de la obra que ahora reseñamos. De hecho, el primer capítulo de ésta ofrece una síntesis de la referida reconstrucción. Sobre esta base, Gibson procede, en el transcurso de los seis siguientes, a clarificar y defender ciertas tesis de Quine que han resultado especialmente mal entendidas o polémicas. Así pues, podemos decir que, si un interés descriptivo guiaba el primer libro de Gibson, un interés polémico y (en el mejor sentido) apologético preside este último.

---

1. Agradezco a la profesora M. José Frápolli Sanz sus observaciones a una versión previa de esta reseña.

El capítulo segundo está dedicado a describir la versión quineana del *naturalismo* y a exponer las fuentes del proyecto quineano de naturalización de la epistemología. Un logro de este capítulo es el acertado y (como en Gibson es habitual) detalladísimo análisis de la doctrina quineana de la mutua inclusión de epistemología y ontología; este análisis sirve a Gibson para desacreditar posibles lecturas «kantianas» de Quine. También nos parece acertada su explicación de cómo el naturalismo quineano concilia las fuerzas antagónicas del instrumentalismo y el realismo en el seno de una filosofía de la ciencia de carácter marcadamente pragmático.

En el capítulo tercero, Gibson defiende a Quine de quienes niegan que la epistemología naturalizada puede ser llamada, con propiedad, epistemología. Gibson divide a estos críticos en dos grupos. Por un lado, los *radicales* que, como Richard Rorty, han considerado que la crítica de Quine a la epistemología tradicional debería ir seguida por el abandono de la empresa epistemológica como tal. En el otro extremo, los *conservadores* acusan a la epistemología naturalista de incapacidad para encarar algunas tareas esenciales a la labor epistemológica. Entre estos últimos, Gibson incluye tanto a Stroud, según el cual la teoría quineana del conocimiento no hace frente realmente al reto del escéptico, como a Putnam y Siegel (a la lista podrían añadirse, al menos, los nombres de Alvin Goldman, Jaegwon Kim, Larry Laudan y Morton White), que acusan a la epistemología naturalista quineana de incapacidad para realizar las funciones normativas propias de una genuina teoría del conocimiento. En contraste con el determinismo empleado por Gibson al examinar y rechazar los argumentos de Rorty y Stroud, las críticas de Putnam y Siegel son enfrentadas con poco más que la constatación de que Quine admite la presencia de afirmaciones de carácter normativo en «su» epistemología naturalizada. Creemos, sin embargo, que la explicación de *cómo* pueden tener cabida esas afirmaciones normativas dentro de una epistemología naturalista requiere una argumentación mucho más detallada y convincente que las ofrecidas tanto por Quine como por Gibson hasta la fecha.

La misma intención apologética es aplicada por este quineano de estricta observancia en los tres capítulos siguientes respecto de tres conocidas doctrinas del universo Quine. Así, en el cuarto capítulo, la postura de este filósofo acerca de la inviabilidad de una distinción, clara y epistemológicamente relevante, entre enunciados analíticos y sintéticos es defendida por Gibson frente a las clásicas objeciones de Grice y Strawson y las algo más recientes de Priest. A continuación, Gibson apoya (capítulo quinto) la defensa por Quine de la diferencia entre la mera *infra* o *subdeterminación* de las teorías científicas y la suplementaria *indeterminación* de la traducción. Ni quienes, como Chomsky y Rorty, han negado la posibilidad de diferenciar ciencia y traducción a este respecto, ni quienes, como Føllesdal, se han alineado junto a Quine, han comprendido, en opinión de Gibson, las verdaderas razones que llevan al filósofo de Harvard a separar la suerte de ciencia y traducción. Esa diferencia no es, según Gibson, metodológica (esto es, *epistemológica*), sino *ontológica*, y consiste en la inexistencia de un *fact of the matter* que nos permita decidir entre dos manuales de traducción que pasen igualmente bien el test de las disposiciones a la conducta verbal. A lo largo del penúltimo capítulo, en fin, Gibson examina y rechaza las objeciones dirigidas por Field, Davidson, Levin y Leeds a la conocida doctrina quineana de la *relatividad ontológica*.

En el séptimo y último capítulo encontramos un infrecuente eco de un tema inusual en la epistemología quineana. Muy raramente, en efecto, se ha ocupado Quine de la naturaleza de los *valores morales*, pudiendo considerarse su tesis más importante al respecto la que afirma que la ética es metodológicamente *endébil* en comparación con la ciencia. De este modo, Quine establece una frontera entre ciencia y ética (aunque esta vez sobre bases epistemológicas y no ontológicas) similar a la trazada entre ciencia y traducción. Gibson, tras exponer concienzudamente las hipótesis de Quine acerca de

la génesis y naturaleza de los valores morales, defiende la tesis quineana de la endebles metodológica de la ética frente a las objeciones esgrimidas por dos autores de convicciones naturalistas: Morton White y Owen Flanagan. En el primer caso, Gibson se atiene a la defensa que el propio Quine ofrece en su «Reply to Morton White» (vid. Hahn y Schilpp, eds., *The Philosophy of W. V. Quine*. La Salle: Open Court, 1986, pp. 663-665). En el segundo repite las objeciones expuestas en un artículo suyo contemporáneo («Flanagan on Quinean Ethics», *Ethics* 98, pp. 534-540), sin tener en cuenta la clarificación y corrección que de su postura lleva a cabo Flanagan en las páginas que siguen inmediatamente a ese escrito (*Ethics* 98, pp. 541-549). Las aclaraciones de Flanagan nos sugieren que quien cuestione su posición no debería centrarse tanto (como hace Gibson) en acusarle de radicalizar inadecuadamente el holismo quineano, sino más bien en discutir su defensa de la posibilidad de «oraciones observacionales morales».